

donde halla siempre
 amor de los amores
 quien de amor muere.
 Y en él está la niña
 desventurada
 que lloró en la Almudena
 muchas mañanas,
 la niña hermosa,
 la de ojitos azules,
 ojos de gloria.

7.
 LA NIÑA DE OJOS NEGROS.

1.

— «Niña de catorce abriles,
 hermosa como el lucero,
 graciosa como las gracias,
 pura como el ángel bello
 que baja todas las noches
 á velar tu dulce sueño,
 escúchame, no desoigas,
 mis amorosos consejos
 por correr tras las pintadas
 mariposas del otero,
 que si mis consejos oyes

y nunca te apartas de ellos,
 nunca en tí los desengaños
 derramarán su veneno.
 Tu amor es tu dulce madre,
 tus esperanzas, el cielo,
 tu anhelo, las mariposas,
 tu mundo, el nativo pueblo;
 mas..... ¡pronto de otros amores
 sentirás vago deseo,
 y pronto otras esperanzas
 se albergarán en tu pecho,
 y pronto á agitar tu alma
 vendrá diferente anhelo,
 y pronto por otro mundo
 vagará tu pensamiento!
 Pues bien: cuando esperimenes,
 niña, ese cambio funesto,
 no des á la confianza
 libre morada en tu pecho,
 «no te fies de los hombres
 » aunque digan bien te quiero.»

II.

Tal consejo dió su madre
 á una niña de ojos negros,

y la niña prometió
 no olvidar aquel consejo.
 Meses y meses pasaron
 y aun años pasando fueron,
 y lo que su madre dijo
 iba la niña sintiendo.
 Soñaba todas las noches,
 y en sus agitados sueños
 á veces la oyó su madre
 nombrar á un gentil mancebo
 con quien la niña en el soto
 buscó nidos otro tiempo.
 —Hija del alma, la dijo,
 sueñas, y el soñar no es bueno.
 Cuidado no bebas agua
 cuando te vayas al lecho,
 ni duermas ninguna noche
 con la mano sobre el seno.
 —No importa, madre, que sueñe,
 que son muy dulces mis sueños,
 contestó la hermosa niña,
 dando un suspiro muy tierno,
 y siguió todas las noches
 al acostarse bebiendo,
 y quedándose dormida
 con la mano sobre el pecho,
 y tornó á decirle entonces
 su madre con mas empeño:

—«No te fies de los hombres
»aunque digan bien te quiero.»

III.

Junto á una cruz del Calvario
que hay orillita del pueblo,
encontró un mancebo un día
á la niña de ojos negros
y en cuanto la vió la dijo:
—«Morena, por tí me muero!»
La niña que aquella noche
soñára con el mancebo,
mostró el enojo en los lábios
y en los ojos el contento;
mas como el galan siguiera
en sus amantes requiebros,
con juramentos de amores
respondió á sus juramentos,
pues no hay doncella cristiana
que diciéndola un mancebo:
«Por esta cruz te lo juro»
no le responda:—«Te creo»
como la doncella tenga
vírgen de amores el pecho,
como haya venido al mundo

bajo este bendito cielo,
como al mancebo haya visto
por el cristal de sus sueños
que es de todos los cristales
el cristal mas embustero.
Ved de qué sirvió á la niña,
á la niña de ojos negros,
que su madre á todas horas
le estuviera repitiendo:
—«No te fies de los hombres
»aunque digan bien te quiero.»

IV.

Una noche de verano,
de estas noches que tenemos
en esta tierra llorada
por romanos y agarenos,
en esta tierra bendita
por los ángeles del cielo,
una de estas bellas noches
fué la niña de ojos negros
á respirar el ambiente
de las dehesas y los huertos
junto á una cruz del Calvario
que hay orillita del pueblo;

y junto á la cruz bendita
paróse y al mismo tiempo,
«Por esta cruz te lo juro»
oyó decir á un mancebo,
á quien respondió en seguida
una doncella: «Te creo.»
Al oír estas palabras
cayó desmayada al suelo,
y al recobrar el sentido.....
halló el Calvario desierto
y cantaban la alborada
los pajaritos parleros.

Entonces, con lento paso,
con el corazón deshecho,
con lágrimas en los ojos,
tomó el camino del pueblo
murmurando:— Madre mía,
bien me dijiste diciendo:
«No te fies de los hombres
» aunque digan bien te quiero!»

v.

La que compró desengaños
en los amores primeros,
en los amores segundos,

desengaños va vendiendo.
Pues decís á una morena
«morena, por tí me muero»
y al mismo tiempo á una blanca
le decís ni mas ni menos,
si os engañan las doncellas,
tened paciencia, mancebos,
que aquellos que á hierro matan
justo es que mueran á hierro.
Si por esta ley juzgamos
á la niña de ojos negros,
porque engaña á dos galanes,
poca pena la impondremos.
La niña de ojos azules
venga el desamor muriendo,
que es su alma como sus ojos,
como sus ojos de cielo;
la de ojos negros le venga
hiriendo como la hirieron,
que es su alma como sus ojos,
como sus ojos de fuego.
A dos calles diferentes
tiene rejas su aposento
y si á Juan engaña en unas,
en otras engaña á Pedro,
y si á Pedro miente mucho,
no miente á Juan mucho menos,
pues es bien se rijan *ellas*

por la ley que hicieron *ellos* ,
 que ellos fueron, no su madre ,
 los que á la niña dijeron :
 — «No te fies de los hombres
 » aunque digan bien te quiero.»

8.

A LA ORILLA DEL ARROYO.

I.

Una mañana de mayo ,
 una mañana muy fresca ,
 entréme por estos valles ,
 entréme por estas vegas :
 Cantaban los pajaritos ,
 olian las azucenas ,
 eran azules los cielos
 y claras las fuentes eran.
 Junto á un arroyo mas claró
 que un espejo de Venecia ,
 hallára una pastorcica ,

una pastorcica bella.
Azules eran sus ojos,
dorada su cabellera,
sus mejillas como rosas
y sus dientes como perlas.
Quince años no mas tendria
y daba placer el verla,
«lavándose las sus manos,
»peinándose las sus trenzas.»

II.

—Pastorcica de mis ojos,
admirado la dijera,
Dios te guarde por hermosa,
bien te lavas, bien te peinas.
Aquí te traigo estas flores
cogidas en la pradera:
sin ellas estás hermosa,
y estaráslo mas con ellas.
—No me placen, mancebico,
respondióme la doncella,
no me placen, que me bastan
las flores que Dios me diera.
—Quién te dice que las tienes?
Quién te dice que eres bella?

— Me lo dicen los zagales
y las fuentes de estas vegas. —
Así habló la pastorcica
entre enojada y risueña,
«lavándose las sus manos,
»peinándose las sus trenzas.

III.

— Si no te placen las flores
vente conmigo siquiera,
y allá, bajo las encinas,
sentadicos en la yerba,
contaréte muchos cuentos,
contaréte cosas buenas.
— Pues eso menos me place,
porque el cura de la aldea
no quiere que con mancebos
vayan al campo doncellas. —
Tal dijo la pastorcica,
y no pude convencerla
con esta y otras razones,
con esta y otras promesas.
Partime desconsolado
y prorumpiendo en querellas,
lloré por la pastorcica

que sin darme otra respuesta, —
siguió á orilla del arroyo
entre enojada y contenta,
«lavándose las sus manos,
»peinándose las sus trenzas.»

IV.

Entréme por estos valles,
entréme por estas vegas;
mas..... ¡mi corazon estaba
muriéndose de tristeza,
que odiosas me eran las flores
y odiosas las fuentes me eran.
Torné junto el arroyuelo
donde á la doncella viera.....
El arroyo encontré al punto
mas no encontré la doncella!
Pasaron dias y dias
y hasta semanas enteras,
y yo no paso ninguna
sin que al arroyo no vuelva;
pero ay, que la pastorcica
mis ojos aquí no encuentran,
«lavándose las sus manos,
»peinándose las sus trenzas.»

los ciervos del Guadarrama
Y sin embargo, un manco
resaca por la empinada
calle de esta loma
y el campo de su guita
en la espumosa callada
de la calle de la Palma
así lamenta la muerte
de sus dulces esparanzas.

9.

flor de las flores,
rosal de las rosas,
sol de los soles,
deja que un triste
en pie de tus balcones
por el suspiro que me
deja.

AMOR SIN ESPERANZA.

1.

Calle arriba, calle abajo,
las doce y sereno cantan
los serenos de la calle,
de la calle de la Palma,
y el barrio de Maravillas
cuando los serenos callan
vuelve á quedar en silencio
cual si nadie le habitára.
¡Ay qué fria está la noche!
¡Ay qué terrible es la escarcha!
¡Ay cómo soplan los ciervos!

los cierzos del Guadarrama!
Y sin embargo, un mancebo
asoma por la empinada
calle de santa Lucia
y al compás de su guitarra,
en la esquina de la calle,
de la calle de la Palma,
así lamenta la muerte
de sus dulces esperanzas:

«Morena resalada,
flor de las flores,
rosal de los rosales,
sol de los soles,
deja que un triste
al pié de tus balcones
por tí suspire!

»Ya que mis esperanzas
has marchitado,
ya que no han de ceñirte
nunca mis brazos,
deja que llore
y llorando, mi pecho
se desahogue.

»San Isidro bendito,
nunca llegarás,
pues en tu romería
ví á la tirana

de cuyos lábios
tras la esperanza brotan
los desengaños.

»¡Ay! al pasar el rio
debieron darme
sepultura las ondas
del Manzanares,
pues el desvío
da muerte mas penosa
que no los rios!

»Fueron mis esperanzas
sueños falaces,
relámpago que brilla
solo un instante,
«flores de almendro
que nacieron temprano,
»se helaron presto!»

«Dicen que muchas chicas
hay en el barrio
mas lindas que las rosas
de abril y mayo;
pero yo digo
que ninguna tan linda
como tú he visto.

«Así, niña, no estrañes
si día y noche
vengo á llorar debajo
de tus balcones,
si á llorar vengo
mi perdida esperanza
de ser tu dueño.

»Niña, te dije un día,
como me quieras,
vivirás á mi lado
como una reina,
pues sabe, niña,
que ni á Isabel Segunda
tendrás envidia.

»Y aunque en una guardilla
juntos vivamos,
nuestros dulces amores
la harán palacio,
pues segun dicen,
los que se quieren mucho
son muy felices.»

«Así te dije, niña.
¡Quién me dijera
que aquellas esperanzas
hermosas eran
«flores de almendro
»que nacieron temprano,
»se helaron presto!»

III.

«Tengo diez y seis años!
¡Ay qué desdicha,
tan pronto la esperanza
llorar perdida,
soñar un cielo
y al despertar, hallarse
con un infierno!»

»Si bajo tus balcones
lloró mis penas,
no busco ya tus ojos
tras las vidrieras,
pues ya no espero
que te asomes á verme
como otro tiempo.

»Meses y meses hace
que vengo á verte
y hace que no te veo
meses y meses,
lo cual es prueba
de que de mi amor fino
ya no te acuerdas!

»Cómo soplan los cierzos
del Guadarrama!

La sangre se me hiela,
la voz me falta.....
Permita el cielo
que desde aquí me lleven
al cementerio!

»Que es para mí la vida,
pesada carga
porque para mí han sido
las esperanzas
«flores de almendro
»que nacieron temprano,
»se helaron presto.»

Calló el mancebo, y la calle
quedó muda y solitaria
y siguió soplando el cierzo
y aumentándose la escarcha.
Poco despues, los serenos
sobre las losas heladas
vieron un cuerpo sin vida
al lado de una guitarra.
¡Ay! era un pobre mancebo
á quien dió muerte temprana
mas que el frio de la noche,
un amor sin esperanza!

Así como una noche
mi dulce madre
procurando dormir
con sus cantares,
y fui quedando
poco á poco dormido
con aquel canto,
hasta que cubrió á mi
la luz del día.

10. dice que el
silbo que silba
y sus acordes
trae al mundo
y sus acordes
trae al mundo

BIENAVENTURADOS LOS QUE CREEN.

Aunque viva engañado
poco me importa,
que también el engaño
tiene su gloria.

1. un dulce sueño

«Duerme, niño del alma,
no tengas miedo
por mas que el viento silbe
y aullen los perros;
duerme, que al niño
mientras duerme le guardan
los angelitos.»—

Así cantó una noche
mi dulce madre
procurando dormirme
con sus cantares,
y fui quedando
poco á poco dormido
con aquel canto.

Hasta que empezó á verse
la luz del día,
dicen que el viento estuvo
silba que silba,
y aun aseguran
que estuvieron los perros
aulla que aulla.

Mas yo pasé en un sueño
toda la noche
junto á mi cuna oyendo
dulces canciones,
junto á mí viendo
un ángel que velaba
mi dulce sueño.

Y desde aquella noche
durmió tranquilo
bajo el ala del ángel
el pobre niño.
¡ Santa creencia!
La madre que la infunde
¡ bendita sea!

II.

«Tal vez encuentres, hijo
de mis entrañas,
mas espinas que flores
en tu jornada;
pero, hijo mio,
piensa que están las palmas
tras el martirio!»—

Así me dijo un día
mi dulce madre
convertidos sus ojos
en dos raudales,
así me dijo
cuando dejé la tierra
por que suspiro.

Ay mis montañas verdes!
ay mis cantares!
ay mi casita blanca!
ay mis nogales!
ay mis castaños
en donde yo jugaba
con mis hermanos!—

Hallo tantas espinas
en mi jornada,

que el corazón me duele,
me duele el alma!
Si alguien lo duda,
en mi frente está escrito
con una arruga!

Mas si Dios me da penas,
yo las bendigo
porque crecen las palmas
tras el martirio....
¡Santa creencia!
la madre que la infunde
¡bendita sea!

III.

«Si el amor, hijo mio,
llama á tu pecho,
no olvides que su origen
está en los cielos,
y ten presente
que la mujer es débil
y el hombre es fuerte.»—

Así me escribió un día
mi dulce madre....
Coronada de gloria
por ello se halle,

que desde entonces
por el amor del ángel
troqué el del hombre.

En el amor contemplo
la pura esencia
de lo santo y lo bueno
que hay en la tierra,
y el amor pago
con lo que hay en la tierra,
mas puro y santo.

La mujer á mis ojos
es débil planta
de eternos huracanes
amenazada,
y así procuro
su generoso apoyo
ser en el mundo.

Esta dulce creencia
me proporciona
mil goces inefables
que el vulgo ignora.
¡Santa creencia!
la madre que la infunde
¡bendita sea!

IV.

«No llores, hijo mío,
cuando yo espire,
que si mueren los cuerpos,
las almas viven,
y al fin y al cabo
la pérdida es un poco
de polvo vano.»—

Así me escribió un día
mi dulce madre
de su existencia el término
viendo acercarse.....
Mi madre es muerta,
pero yo á todas horas
hablo con ella.

Exhalan cada día
su último aliento
séres por quienes late
mi amante pecho,
mas no me importa,
que les hablo y me escuchan
á todas horas.

Cuando un ramo de flores
pongo en su tumba,

ó su nombre defiendo
de la impostura,
un tierno voto
de gratitud me envian
lentos de gozo.

¡Santa creencia! Nunca
de mí se aparte,
que á los séres amados
hace inmortales.
¡Santa creencia!
la madre que la infunde
¡ bendita sea!

11.

A OSCURAS.

I.

Cri, cri, cri, cantan los grillos,
 rra, rra, rra, cantan las ranas,
 qui-qui-ríqui, canta el gallo;
 mas, ¿qué dicen cuando cantan?
 Dicen: «Bien haya la noche
 porque goza uno á sus anchas,
 sin que importunos le estorben,
 ni zumbones le den baya!»
 Así digo yo, morena,
 cuando á mi ladito te hallas,
 que la luz de los candiles,

ni la luz de la mañana
 donde tus ojos están
 no hacen maldita la falta,
 «pues para alumbrarme á mí
 »la luz de tus ojos basta.»

II.

Estáte bajo esas nubes,
 estáte, luna, y no salgas,
 que me encuentro bien á oscuras
 con mi morena del alma.
 Como estoy ciego de amores,
 la luz no me sirve nada,
 como estoy ciego, no veo,
 pero el que está ciego, palpa.
 Estáte bajo esas nubes,
 estáte, luna, y no salgas,
 que quiero descolorida
 á mi morena del alma,
 que en cuanto salgas tú, luna,
 se me pondrá colorada,
 «que para alumbrarme á mí
 »la luz de sus ojos basta.»

III.

¡Cuánto te quiero, morena!
 ¡Qué bien, qué bien se descansa
 á oscuras sobre tu seno,
 á oscuras sobre tu falda!
 ¡Qué buena vida en el Polo
 con una buena muchacha!
 porque allí medio año es noche
 y el otro medio allá se anda!
 Vámonos, morena, al Polo;.....
 pero no, buena es España,
 que allí las chicas son hielo,
 y aquí las chicas son ascuas,
 aquí las chicas son pólvora,
 aquí las chicas son llama,
 «y para alumbrarle á uno
 »la luz de sus ojos basta.»

IV.

Morenita de mis ojos,
 ya empieza á alumbrar el alba,

ya cantan las avecillas
 en esta fresca enramada,
 ya el sacristan de la aldea
 tan-tan, toca las campanas.....
 Alba, apaga tus antorchas,
 aves, dejad las tonadas,
 sacristan, toca la queda
 si de la torre no bajas.....
 Pero ay, morena, que siguen
 alumbra que alumbra el alba,
 canta que canta las aves
 y tan-tan-tan las campanas!
 Antes que el sol nos ofenda,
 vámonos, morena, á casa
 y para alargar la noche,
 cerraremos la ventana,
 que si no se ve, no importa,
 que si no se ve, se palpa,
 «que para alumbrarme á mí
 »la luz de tus ojos basta.»

ya cantan las avocetas
 en esta fresca corambada,
 ya el sacristán de la aldea
 tan-tan, toca las campanas.
 Albo, espaga las antorchas,
 aves, dejad las cometas,
 sacristán, toca la puerca
 si de la torre no bajas.
 Pero ay, moznas, que siguen
 alumbra que el albo

12.

EL ADOLESCENTE.

I.

Quince años cumplidos tiene,
 y no sé cómo llamarle,
 no sé si infante ó mancebo,
 no sé si mortal ó ángel,
 pues las pasiones del hombre
 comienzan á dominarle
 y aun su corazón perfuma
 la inocencia del infante.
 Mirad con cuánta ternura
 da un dulce beso á su madre,
 y mirad cómo sus ojos

buscan, tímidos y amantes,
 al mismo tiempo á esa virgen
 que asoma entre los rosales.
 No sabe lo que ambiciona,
 mas la ambicion le combate,
 no sabe lo que desea,
 mas que algo desea sabe,
 «¡Ay si pudiera volar
 como las águilas reales!»

II.

Allá abajo en la arboleda
 discurre un inquieto enjambre
 de niños que en los dos lustros
 acaso ninguno raye.
 Allí hay fuentes cristalinas,
 allí hay flores odorantes,
 allí hay pájaros cantores,
 allí hay toldos de ramaje
 y desde allí se ve el sol
 en occidente ocultarse;
 pero los niños enturbian
 los cristalinos raudales,
 no hacen caso de las flores
 que huella su planta errante,

mandan á los pajaritos
 con la música á otra parte
 y dejan que el sol se esconda
 sin detenerse á mirarle.
 Pero el bello adolescente
 se despide de su madre
 y vaga por la arboleda
 con languidez inefable.
 Fuentes, flores, pajaritos,
 ramas, sol, todo le place,
 todo lo contempla, todo
 tiene para él un lenguaje
 que no comprende y le encanta,
 que le anima y que le abate,
 que le hace ansiar otro mundo
 y bendecir este le hace.
 Ved aquí la diferencia
 que separa á ambas edades:
 alma pequeña, la infancia,
 la adolescencia, alma grande,
 la una, sin aspiraciones,
 indefinibles, constantes,
 «la otra, quisiera volar
 »como las águilas reales!»

III.

Mas ¿qué siente ese mancebo
 de la infancia al separarse?
 ¿Qué ambiciona? ¿qué desea?
 ¡Ni él mismo acaso lo sabe!
 El círculo de montañas
 en que está encerrado el valle
 parece al adolescente
 el recinto de una cárcel.
 Ese recinto es estrecho,
 quiere mas campo, mas aire,
 mas cielo, mas horizonte,
 medita empresas muy grandes
 y en espacio tan mezquino
 esas empresas no caben.
 Preguntadle qué es amor
 y os dirá que no lo sabe,
 preguntadle á qué mujer
 preferencia debe darse,
 si á la mujer de ojos garzos
 ó á la de ojos de azabache,
 si á la de tez de azucena
 ó á la morena inflamable,
 si á la que raye en los quince

ó á la que en los treinta raye,
 si á la vírgen sin mancilla
 ó á la meretriz infame;
 preguntádselo, y tambien
 os dirá que no lo sabe.

Lo que os dirá solamente
 es que desea espaciarse,
 «es que desea volar
 como las águilas reales!»

IV.

Lo que sabe ese mancebo
 es que un deseo constante,
 vago, misterioso, intenso,
 voluptuoso, inesplicable,
 se ha apoderado de su alma
 y sin tregua la combate;
 lo que sabe ese mancebo
 es que los hombres no nacen
 para atravesar el mundo
 sin impelerle adelante,
 para no dejar su huella
 impresa en ninguna parte,
 para tornar á la nada
 sin ser llorado por nadie;

lo que sabe ese mancebo
 es que Dios no ha dado en balde
 el corazon a los hombres;
 lo que ese mancebo sabe
 es que necesita un sér
 hermoso, que le idolatre
 como Isabel á Marcilla,
 como no idolatra nadie;
 lo que sabe ese mancebo
 que al dar un beso á su madre
 clava la vista en la vírgen
 que asoma entre los rosales,
 es que en un círculo estrecho
 le falta luz, le falta aire,
 «es que desea volar
 como las águilas reales!»

13.

LA PEREJILERA.

Al salir el sol dorado
 esta mañana te ví
 cogiendo, niña, en tu huerto
 matitas de perejil.
 Para verte mas de cerca
 en el huerto me metí
 y sabrás que eché de menos
 mi corazon al salir.
 Tú debistes encontrarle,
 que en el huerto le perdí.
 «Dámele, perejilera,
 »que te le vengo á pedir.»

14.

LA AUSENCIA.

I.

Quando voy por estos valles,
 cuando voy por estas vegas
 acude el llanto á mis ojos
 y á mi pecho la tristeza,
 porque recuerdo que un día,
 de placer el alma llena,
 soñamos dichas celestes
 juntos en estas praderas.
 ¿Dónde estás, paloma mia,
 que solitario me dejas
 vagar por aquí en las dulces